

Por lo demas, un acontecimiento terrible habia venido á atacar al proceso por varias partes.

CAPÍTULO XIII.

SE aproximaba el aniversario de las jornadas de Julio, triste y sombrío. Era el quinto; y en cinco años se habia retrocedido tanto, que se presentó un fenómeno extraño: es que una parte de aquellos que habian sido condecorados en estas jornadas, con la cinta azul y encarnada, estaban acusados ante la cámara de los pares, por haber permanecido fieles al espíritu de libertad que los habia hecho tomar las armas cinco años antes.

Por su parte, el hombre en cuyo provecho se habian hecho estas jornadas, se disponia á celebrarlas, este año, con mas solemnidad aun que de costumbre, como si, con demostraciones aparentes, con revistas, con fuegos artificiales, pudiese cambiar la opinion y hacer olvidar que el mismo momento pasaba en la cámara de los pares uno de estos actos de violencia y opresion que la historia no habia tenido que reprochar á las monarquias precedentes.

Ademas, á esta tristeza general que se apodera siempre de una ciudad que es testigo de semejantes reacciones, se

añadian estos rumores vagos que preceden á las grandes catástrofes.

El corresponsal de Hambourg de 25 de Julio habia anunciado que los dias 27, 28 y 29 los ensangrentaria un gran compló.

Escribian de Berlin:

“Aquí corre generalmente el rumor de que habrá una catástrofe durante el aniversario de los tres dias.”

En fin, dos viajeros habian escrito en un registro, en Suiza, á continuacion de los nombres de Luis Felipe y sus hijos.

“Que en paz descansen.”

En fin, un hecho mas preciso, una indicacion mas segura, el prefecto de policía, M. Gisquet, recibió de M. Dionnot, comisario del cuartel de la Chaussée-d’Autin, las siguientes reseñas:

“Señor prefecto,

“Un honrado fabricante, elector, padre de familia, que no quiere que le nombre, me ha venido á buscar á la Opera, donde estaba vigilando el ensayo de la Isla de los Piratas, y me ha dicho que los conjurados habian preparado otra máquina infernal para atentar mañana á los dias del rey, durante la revista de los bulevares; que esta máquina está colocada á la altura del Ambigú. Parece que se trata de un subterráneo practicado en alguna bodega que sale á los bulevares, y donde se han metido barriles de pólvora. Estas reseñas nos parecen importantes, y nos apresuramos á transmitirselas al señor prefecto, añadiendo que mañana deben reunirse los conjurados en un lugar que no es conocido mas que de dos.”

El prefecto de policía que, como hemos dicho, lo era M. Gisquet, era un hombre de un carácter lijero. Muy provocado por muchos puntos, muy accesible á la provocacion

no dió á este aviso toda la importancia que merecia; sin embargo hizo registrar algunas casas en los alrededores del teatro del Ambigú. Pero las reclamaciones de los propietarios, las quejas de los diarios, interrumpieron estas pesquisas.

Se creyó que era simplemente una manifestacion del género de la que habia tenido lugar en la última revista, y la que al pasar el rey habian gritado: *Abajo los fuertes!*

Solamente que esta vez, decian, que no se debia pedir mas que la amnistia.

En esta creencia salió el rey de las Tullerías, el 28 de Julio, á las diez de la mañana, acompañado de sus tres hijos, el duque de Orleans, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville; los mariscales Mortier y Lobau, de su estado mayor, del prefecto del Sena, de M. de Broglie, del mariscal Maison y de M. Thiers.

El rey, como siempre, iba precedido de cierto número de agentes de policía, encargados de explorar, antes que él pasase, los alrededores del bulevar del Temple, lugar designado como teatro de la catástrofe desconocida que amenazaba á la familia real. Estas patrullas eran cada vez mas numerosas. Pero nada se habia descubierto, y todo hacia presumir, decian, las relaciones sucesivas, que se habian inquietado por indicios falsos.

Sin embargo, una inquietud visible cernia en la multitud, mas silenciosa que nunca, y en las filas de la guardia nacional mas cerradas que de costumbre.....

A las doce y algunos minutos, el cortejo real, caminando paso á paso llegó en frente del Jardin-Ture.

Un guardia nacional sale de su fila, se acerca al rey y le presenta una peticion.

El rey se agacha para tomarla.

En este momento percibe un ligero humo en la ventana del segundo piso de la casa núm. 50.

—Ah! dice, esto es para nosotros, Joinville.

No habia concluido cuando se oye un ruido parecido al que produce el fuego de un peloton de soldados, y se cubrió la tierra, á su derredor, de sangre, de heridos y de muertos.

El rey dirige la vista sucesivamente á cada uno de sus tres hijos.

Recibió un golpe violento en el brazo izquierdo el príncipe real y una contusion en el muslo; el caballo del príncipe de Joinville que ha sido herido en las ancas se encabrita; al duque de Nemours no le sucede nada.

Pero al rededor de la familia real tan milagrosamente conservada, ha sido grande el estrago.

El mariscal Mortier y el Laschasse de Perigny, han sido matados, M. Villate, oficial de artillería, se echa para atras sobre su caballo y cae, con los brazos tendidos, herido por un balazo en la frente; el coronel de gendarmería Raffé, M. Rienssec, teniente coronel de la octava legion, los guardias nacionales Prudhomme, Benether, Ruard y Leger, un pasamanero llamado Laugerey, un anciano septuagenario, M. Labrouste, y una jóven llamada Sofia Remy, están heridos mortalmente.

Siete ú ocho personas heridas mas ó menos, ó gravemente, son trasportadas á las casas vecinas ó al jardin del café para curarlas.

Dos ayudantes de campo reciben orden de partir inmediatamente para asegurar á la reina y las princesas, que están en el hotel del ministro de justicia, en la plaza Vendôme, y se alejan al galope.

Repentinamente resuenan los gritos de: *ya cogieron al asesino, ya cogieron al asesino.*

Y la multitud se precipita hácia las casas 48, 50 y 52, bulevar.

Efectivamente, es en el segundo piso del número 50, en la ventana del rincon, en que el rey vió el humo, que fué seguido de tan espantosa y mortal detonacion.

Este era negocio de los agentes de policía, los jueces y el verdugo, negocio en que el rey no podría intervenir ni aun para perdonar. Continuó, pues, su camino en medio de los vivas entusiastas, reaccion natural de la espantosa catástrofe que acababa de verificarse.

Por otra parte, jamás se ha extendido tan visiblemente la mano de Dios sobre una familia predestinada.

Sí, predestinada á dar un gran ejemplo!

Déjense pasar siete años, y el 13 de este mismo mes de Julio, fatal para las monarquías, el hijo mayor se romperá la cabeza contra el empedrado de una calle llamada calle de la Révolte.

Déjense pasar catorce años, y el padre fugitivo, dejando las Tullerías á pié, tropieza con la plaza de la Revolución, en el mismo lugar en que se decidió, en 1793, el gran duelo entre una nación y un rey.

Volvamos al asesino.

Una maceta que cayó á los piés de un agente de policía le hizo levantar la vista.

Un hombre todo ensangrentado que se deslizaba por una cuerda, saltó de la corniza de una ventana á un tejado.

—Ved al asesino que se escapa, gritó el agente de policía.

Al mismo tiempo un guardia nacional apuntaba al fugitivo gritándole:

—Detente ó te mato.

Pero el hombre continuó huyendo, enjugándose, ya con una mano ya con la otra, la sangre que corría de dos heridas recibidas una en la frente, otra en el carrillo.

El asesino desapareció por una claraboya que había en este tejado, bajó rápidamente una escalera, tiró á una mujer que encontró á su paso, y se arrojó á un patio.

Este patio estaba sin salida, lleno ya de guardias nacionales y alguaciles.

Allí fué arrestado.

Entonces fué, apenas diez minutos despues del asesinato, cuando se oyeron estas palabras: "ya cogieron al asesino."

Desde luego se engañaron con respecto á su nombre.

Los agentes de policía se apresuraron á penetrar en el cuarto de donde partió la fatal detonacion, y en medio del humo que todavía la oscurecía, percibieron lo máquina infernal que acababa de lanzar la muerte en el bulevar. Se componía de veinte y cinco cañones de fusil montados sobre travesaños, y que presentaba el aspecto de una gran flauta de Pau, cuyos tubos serian de la misma magnitud. Las culatas de los cañones se apoyaban, como su estremidad, en un travesaño. Pero este travesaño estaba elevado ocho pulgadas para que esta inclinacion hiciese ir los proyectiles diagonalmente de arriba para abajo. Todos los oídos estaban á la misma altura, y se podían prender con un solo reguero de pólvora. Sin embargo, dos de los cañones habían quedado cargados, y se podía ver por estos que la carga era cuádrupla. Habían reventado cuatro, y sus fragmentos habían alcanzado al asesino en el rostro.

Estos seis cañones eran probablemente los que se encontraban en direccion del rey y de los príncipes.

Había una alcoba en este cuarto, y en esta alcoba un colchon doblado en dos con un rótulo en una de sus esquinas: en este rótulo se leía el nombre de Girard.

Por lo demas, bajo este nombre se había inscrito el inquilino del cuarto.

Este inquilino había dicho que era mecánico, y jamás dejó entrar al portero en su cuarto, y desde que había alquilado este cuarto, es decir, desde el último término, no había recibido mas que á un hombre que decía era su tío, y tres mujeres que dijo eran sus queridas.

El 28 parecía muy agitado, subió y bajó muchas veces su escalera, y contra su costumbre entró al café y tomó un vaso de aguardiente.

Conducido al cuerpo de guardia, despues de su arresto, rehusó responder á un guardia nacional:

—Quién sois? le preguntó éste.

—No os importa, dijo desdeñosamente el asesino;—responderé cuando esté ante mis jueces.

Todo Paris que se ocupaba de este siniestro acontecimiento, creyó que el asesino se llamaba Girard.

Sin embargo, el rey concluyó su revista, y entró en las Tullerías, donde, la reina y las princesas ya tranquilos, su primer cuidado fué escribir esta corta á los obispos:

“Señor obispo:

“Apenas habian cesado las oraciones por las víctimas de Julio, cuando se ha dado nuevo motivo de duelo á la Francia. La Providencia ha desviado los golpes que se nos destinaban, á mí y á mis hijos. Pero si debemos dar gracias á Dios por haber conservado nuestros dias desconcertando los proyectos de los asesinos, cuántos llantos, cuántas lágrimas, no debemos á este ilustre mariscal, á sus nobles compañeros de armas y á estos generosos ciudadanos que la muerte ha arrebatado al rededor nuestro. Reclamo, pues, en su favor los sufragios que concede la Iglesia á todos los cristianos que mueren en su seno. Por consiguiente, celebrarcis, con esta intencion, un oficio fúnebre en todas las iglesias de vuestra diócesis, y un *Te Deum* en accion de gracias por la proteccion manifiesta de que Dios nos ha cubierto.

“Vuestro afecto

LUIS FELIPE.”

Los funerales se verificaron el 5 de Agosto.

Catorce atahudes, de los que el primero era el de la jóven y el último el del viejo mariscal, siguieron, solemnemente, al redoble sombrío de los tambores, toda la línea del bulevar que se estiende desde la calle Saint-Antoine, donde habian estado espuestos los cadáveres en la iglesia

Saint-Paul-Saint-Antoine, convertida en capilla ardiente, hasta los Inválidos; aquí era el término de la carrera fúnebre. Aquí esperaban, el rey y sus hijos, á los que la muerte habia herido en su lugar; él y los príncipes echaron agua bendita sobre sus cuerpos, y se volvieron en las Tullerías á pensar en el provecho que *politicamente* se podria sacar de esta catástrofe.

Decimos *politicamente*, otros añadirían y *pecuniariamente*.

El mariscal Maison repitió, en esta época, una palabra que habia oido, pero que no nos atrevemos á creer.

—Ahora, habria dicho el rey al entrar en las Tullerías, estamos seguros de nuestros gages.

Qué oracion fúnebre para catorce cadáveres!

Lo que es incontestable, es que la *oportunidad* política se explotó grandemente: se ignoraba aun el nombre del hombre que habia dado el golpe; se ignoraba á que partido pertenecia: pero ya se acusaba á los republicanos. A la vez era una tradicion de la corona.

Despues del asesinato del duque de Berry, se llamó al puñal de Louvel una idea liberal.

Habia mas, M. Thiers habia hecho arrestar á Armando Carrel.

Armando Carrel arrestado por M. Thiers, como cómplice de un asesinato!

Cierto, cuando estos dos hombres, se habian unido siete años antes con una estrecha amistad, habia uno que no conocia al otro.

Habian encontrado en el cuarto del asesino un retrato del duque de Bordeaux; pero pronto se desechó en las Tullerías, y con razon, la idea de que el asesino pudiese ser legitimista; pero era justo acusarlo desde luego de ser republicano.

—Sabemos de donde viene el golpe, decian los cortesanos, y los legitimistas no están ahí para nada.

Y bajo el punto de vista de la política, bajo este punto

de vista que admite ni lo justo ni lo injusto, sino solamente la razon de Estado, el que les dictaba estas palabras tenia razon. Nada se podia temer de los realistas; por el contrario, de los republicanos se podia temer todo.

Cuando los reyes tienen semejantes intenciones, y cierto que de Luis XVI á Luis Felipe, no les habian faltado, por qué fines, en vez de dirigir hácia este porvenir el carro ó la carreta que conducen, procuran enrollarlo arrojándose bajo las ruedas?

El 5 de Agosto de 1835, no habian perdido tiempo, lo veis, porque era el mismo dia en que enterraron á los muertos; el 5 de Agosto de 1853, M. de Persil presentó á la cámara tres proyectos de ley.

Estas leyes fueron las que el odio público designó mas tarde bajo el nombre de leyes de Setiembre.

La primera daba al ministro de justicia poder para en los casos de proceso de rebelion, formar tantas cortes de assises cuantas exigiere la necesidad; á cada procurador el derecho de abreviar, en caso de necesidad, las formalidades del juicio; en fin, para que no solo la cámara de los pares fuese privilegiada en nombre del arbitrario, el derecho que acababa de acordársele para hacer sacar á fuerza á los acusados que tuvieran la audiencia, se extendió á los presidentes de las cortes de assises.

La segunda ley acordaba al jurado el voto secreto, decidia que la mayoria de votos necesarios para la condenacion se reduciria de ocho á siete, y en fin, agravaba la pena de la deportacion.

La tercera, y esta era la principal, porque por terribles que fuesen las otras dos, no eran mas que el corolario de la ley contra la prensa, la tercera declaraba acreedor al castigo de detencion y multa de diez mil á cincuenta mil francos, la ofensa á la persona del rey ó cualquier ataque contra el principio del gobierno cometido por via de publicacion.

Oh! esta era la principal, lo repetimos, y para creerlo como nosotros, basta leerla.

Y cuando se piensa que toda esta formidable artilleria ministerial abocada contra lo que debia ser lo mas sagrado en el mundo para los soberanos, contra el pensamiento humano, tenia por pretesto el crimen aislado de un miserable cuyo verdadero nombre todavía no se sabia!

La cámara, siempre la misma, se apresuró á dar las manos al rey; nombró tres informantes: M. Helert, para la ley sobre las cortes de assises; M. Parent, para la del jurano; M. Sauzet para la de la prensa.

Es increíble cuán ardientes son los abogados que creen poder decirlo todo, para impedir que otros escriban.

M. Sauzet lo tomó con una verdadera pasion; la comision que presidia pidió, por su órgano, que se subiese la caucion de los diarios de cuarenta y ocho mil á doscientos mil francos, que se exigiese su versacion en numerario, y que el gobierno quitase al administrador si no probaba que poseia el tercio de esta caucion.

Es cierto que la cámara bajó la cifra de doscientos mil francos á cien mil.

Pero salvo esta disminucion, el gobierno debió quedar satisfecho.